

Ariadna

Personajes:

Ariadna
Teseo
Minos
Heraldo
Atenea

Situación:

Teseo, venido de Atenas, aborda a Ariadna. Intenta despertar su simpatía para que le ayude a derrotar al monstruo del laberinto. Teseo quiere liberar a su patria del sacrificio anual que hacen a Creta. Teseo y Ariadna se ven por primera vez, ella se enamora y, pese a ser hija del rey, confabula contra él. Es complejo de aceptar que el rey de Atenas haya mandado a su hijo a la muerte.

Lugares:

1. Corte de creta

Trama:

Teseo llega junto a seis mancebos y siete doncellas a Creta, a la corte del Rey Minos. La expedición ática es un tributo que los atenienses deben pagar por su rendición en la guerra contra Creta, hace ya dieciocho años. Los jóvenes serán sacrificados a la bestia que habita el Laberinto de Creta. Teseo, hijo del Rey de Atenas, quiere liberar a su pueblo del yugo minoico y persuade a Ariadna, princesa de Creta, quien se enamora del él inmediatamente, para que le ayude a cazar al monstruo y escapar del laberinto. Finalmente la diosa Atenea interviene para solventar el conflicto.

HERALDO.—¡Oh Minos, hijo de Zeus, Sol alumbre tu grandeza! Yo, simple siervo, he conducido a estos jóvenes, de bellas plantas, que ante ti yacen. Han venido algunos de Mégara, baluarte de los dorios, otros vienen de Salamina, de estrecho mar, y los últimos de Atenas, la de altos muros; siete mancebos y siete doncellas posan en tu corte. A ellos les espera la miseria y los dioses no han sonreído su causa. Son el tributo que hace dieciocho años tu, Rey de Creta, impusiste a los atenienses por el crimen contra tu linaje; cuando los atletas iracundos dieron muerte a tu hijo Androgeo, el mejor con la jabalina, durante las Olimpiadas, que son tiempos sacros y de paz para todos los griegos, desde Ítaca a Jonia. ¡Minos, bacileo de los cretenses! perdona a esta sangre joven que nada ha tenido que ver con el agravio contra tu estirpe y ahora sufren por los juicios errantes de otros hombres. Muestra misericordia, depón tu cólera, dos docenas de bellos jóvenes ya han perecido ¿Hasta cuándo durará tu venganza? ¿Dejarás que todo el brillo de los efebos de Atenas fallezca por el miedo? Anda, resuelve en criterio y que tu sentencia sea admirada por todos los mortales.

MINOS.—Calla tu, parla de ultramar, que la condena a los atenienses ya fue dada. Egeo, de nobleza irascible y su séquito, dio en aceptar los trances de la derrota; y no he de recordarte, cándido mensajero, que Zeus Cronión es guardián de los juramentos. Haremos como en antaño, esta hecatombe no será distinta. Únjanse los mancebos en baños y perfumes, que las siervas laven sus cuerpos y luego se unan con nosotros en banquete. Daremos carne vacuna en honor a Posidón, patrono de los mares, y que antes de su jornada al Laberinto sacien ellos su hambre.

TESEO. —Moza de oropeles cabellos, escucha mis susurros. Anda, acércate a mi vera.

ARIADNA. —Mancebo ateniense, de pecho preclaro ¿por qué me convocas? ¿y por qué cubres tu rostro con el manto? La oscuridad es propia de las criaturas infames.

TESEO. —Baja la voz, dulce muchacha, que los nobles varones de esta sala festejen en el banquete y que no se fijen en nosotros. Mostraré para ti mi rostro y responderé tus preguntas, pero prométeme tu que no te exaltaras sino hasta oír por completo mi parlamento, y que no darás noticia a nadie de las cosas que yo te diga. Ea, eleva tu promesa ante Zeus Cronión, guardián de los juramentos.

ARIADNA. —¡Intrépido efebo! tu propuesta me aviva y en el vientre siento conmovér mi ánimo. Las empresas que evaden la canción y la luz de los astros no son propias de los rectos. Pero tu voz, zagas como las sirenas, ya ha seducido mi mente, y la curiosidad de tu rostro, oculto bajo el manto, me suscita. Ay, desdichada de mi, cuál resolución estaría en juicio. Muestra para mi tu rostro y responde mis preguntas, te prometo que no me exaltaré sino hasta oír por completo tu parlamento, y que no daré noticia a nadie de las cosas que tu me digas. Ea, eleva la promesa ante Zeus Cronión, guardián de los juramentos.

TESEO. —Bendecida mujer, descubriré mi rostro; ahora atiende. Vengo de Atenas, la ciudad de los altos muros. Infortunado de mi, hago parte de la encomienda que el regente Egeo, entre todos el mas justo, envió a esta tierra para su sacrificio. Soy uno de los siete varones condenado a una muerte horrible por crímenes que no ha cometido.

ARIADNA. —¡Lamentable son aquellas nuevas! tu rostro ya me mira con ojos de llorar. Tu tez taimada, dulce como el vino dionisiaco, encanta mi sentir. Sigue tu cuita y no calles, que toda tu razón quiero escuchar.

TESEO. —Grato es tu parecer, moza de suaves manos, así procederé. Arar la tierra yo me dedicaba, antes allá en las llanuras áticas. No obstante, una infausta tarde cuando la cosecha recogía, una columna de soldados me tomó forzado. Fui puesto en la nave diciéndome que debía dar la vida por mi patria y redimir una ofensa cometida hace años, por otros varones que mis ojos no han visto, en tiempos en que yo ni había nacido. Decidido, arribé a la corte del Rey Minos, hijo de Zeus, en busca de un alma que se apiade de mi infortunio y, mas importante, que se una a mi vera para hacer justicia; que ningún hombre padezca las ofensas de otros.

ARIADNA. —Tu causa me conmueve, apuesto varón, y sopeso tu pesar. Conozco yo los secretos que ningún otro hombre sabe sobre el laberinto y la bestia.

TESEO. —Entonces, moza de oropeles cabellos, presta para mi tu ayuda.

ARIADNA. —Me temo, intrépido efebo, que tu cruzada se me escapa. Aunque crea recto tu motivo, no me es propio desobedecer a mi padre. Antes no me había presentado. Soy Ariadna, hija del Rey Minos, regente de Creta.

TESEO. —¡Oh princesa, de áureos ojos! Indulta mi hablar y da olvido a las palabras que he pronunciado. Me tiendo a suplicarte que no reveles mi secreto.

ARIADNA. —Enmudece tu plegaria, apuesto varón. Me duelo yo de no poder socorrerte, pero lo cierto es que por un mozo de campiña no puedo preñar mi reino.

TESEO. —Ea, princesa de bellas tonadas, yo no te he dicho con certeza los orígenes que me preceden.

ARIADNA. —¿Qué dices, labrador de campos? ¿Acaso has falseado tu palabra? Denuncia ya lo que te guardas. Solo se puede tratar con un hombre cuando se conoce su verdadero ser.

TESEO. —Aguza los oídos, mujer divina. En verdad soy Teseo, primogénito del rey ático, el magnánimo Egeo.

ARIADNA. —¡Alabada fortuna! Convencida estaba yo que aquellos ojos de ámbar no podían sino ser de linaje noble. Altos varones son los reyes que rigen en Atenas, aunque la raza cretense bien los haya derrotado. Sin embargo, confusión me causa la revelación de tus orígenes, príncipe ¿enemistad guardas con tu padre? ¿Acaso desobedeciste el mandato paterno? Profundo agravio debiere ser el que te acusa, para que tu padre, el primero entre los atenienses, haya mandado a su propio hijo al hades, muriendo por un monstruo.

TESEO. —Realmente, bendecida mujer, no sido enviado a las costas de Creta de forma forzada o por raptó alguno y mi padre, como los dioses en su ingenio, no alberga odio en su corazón contra mí.

ARIADNA. —Pero, de qué manera entonces has venido a parar en la comitiva maldita de mancebos áticos que serán sacrificio mi padre Minos, del linaje divino. Las razones que esgrimes son más imprecisas que las anteriores y de claridad me privas.

TESEO. —Ya que me increpas con vehemencia, y que cauta te has probado, me confesaré para ti. Mi vida al servicio de Atenas me ha hecho fiero defensor de mi pueblo. He visto con desprecio la partida de mis hermanos y hermanas que a postre de criaturas horribles pierden su vida ¡¿Sería yo digno de mandar entre los míos, si ni siquiera librarlos del mal puedo?! La cólera me ha impulsado a maquinare ardid que libere a ática de la condena injusta. Nadie ha de pagar aquello en que no ha fallado. Para tal empresa

busqué la orientación de los dioses; suplicando, marché al santuario de Febo que se erige en las colinas de Delfos. La Pitia, heraldo divino, ha revelado que mi destino es enfrentar al monstruo del laberinto, no sin antes conseguir la ayuda de ilustre ser que me guíe en el enfrentamiento. Ya has revelado para mi que los grandes secretos del laberinto tu conoces.

ARIADNA. —Príncipe de preclaro pecho, no veo justo que bellas doncellas y bellos mancebos perezcan en manada ante el lastre de un monstruo, que habita en el Laberinto, por acciones que ellos nunca ejecutaron; en especial tu, dulce varón de tez taimada me aflige que parezcas. Pero a nosotros, hijos, que somos menores y respondemos al cobijo de un padre, nos es prohibido desafiar su autoridad. Además, varón precioso, qué depararía a mi fortuna si traición diera yo a mi padre: reñir con el rey es reñir con todo su pueblo; me volvería extranjera en mi propia tierra, sino es que la muerte me fuese impuesta.

TESEO. —Yo juro, y que Zeus cronión sea curador de mi convenio, que yo mismo, una vez la bestia del laberinto decaiga por mi espada, te auxiliaré para salir de Creta, además, al llegar a Ática se te tendrá como diosa entre mortales y mi padre, magnánimo Egeo, te colmará de peplos dorados, relucientes joyas, crateras fecundas y cuando don desee tu ánimo.

ARIADNA. —Versado Teseo, de parla astuta, tus palabras en verdad calan en mi y al verte me conmuevo; siento vivo mi pecho de pensar un futuro compartido contigo en tus reinos. Pero no estoy segura todavía de participar en tu cruzada. Te diré, no obstante, la verdad que muchos ignoran, y que ha sido la ruina de tantos que al laberinto han entrado; quizá así purgue yo mi psique de haberme quedado inerte al vaticinio de tu muerte, precioso príncipe. Tantos muros hay en el laberinto, tantos pasajes y tantas esquinas, que la orientación mortal no tiene cabida. Cualquiera que entrara en los dominios de la bestia, que revelo para ti, es taurina, entraría en los dominios de la incertidumbre. Y no porque sea oscuro el camino, sino porque los pasos a la derecha son iguales a aquellos hacia la izquierda, y el mucho andar en una dirección es igual a andar mucho en todas, al mismo tiempo; no hay extremo que marcase final, ni hito alguno que distinga la marcha: eterno es el divagar. Aunque tu puñal cegara la vida del Toro, en nada gloria lograrías: tu y el no serían distintos, ambos atrapados en un tiempo que no corre.

TESEO. —¡Oh, princesa de áureos ojos! No tengo palabra que defina la congoja que mi alma padece; pues ahora se que mi verdadero desafío no compete a la bestia, burdo prisionero, sino a la mazmorra en que habita. ¡Ea! algún dios escuche mi lamento e infunda en ti la determinación de socorrerte. Argumentos y juicios no me quedan para persuadirte.

ATENEA. —Escuchad, retoños míos. Aparezco ante ustedes como una simple criada de la corte de Minos, pero no me confundáis, pues de la égida divina yo soy la portadora. Protectora de los áticos me afamo, y al noble Teseo vengo a socorrer. Pero no es porque cuide yo su gloria, sino porque guardiana soy de la justicia y lo correspondiente. Ariadna, habrás de ayudar a Teseo en su cruzada, pues derrotar al Toro de Minos y otras proezas es el destino que le depara; su fortuna no ha de acabarse en las áridas costas de creta. Lo mismo para ti, Teseo, sacarás de estas tierras a Ariadna, porque su destino no dicta que sirva

a Minos hasta la muerte, el Olimpo le espera, después de mucho penar, a la vera de un ser divino que tomará su mano. ¡Ea, mortales! he dicho.

ARIADNA. —¡Oh diosa venerable, Atenea la más astuta! Las cosas se harán según las indicas, pues no pueden los mortales desafiar a los dioses. Dispondré a retirarme a mis aposentos, donde un instrumento del oficio que practico, el arte de tejer, le dará a Teseo la clave para escapar del laberinto.

ATENEA. —Que así sea.